

dad cuando discurre en varias ocasiones sobre los vicios y los males de Italia y de la Iglesia. Analizanos el espíritu de censor inflexible que le anima contra los pecados de todos los hombres, aun los cometidos en las más altas gradas de la sociedad, sin exceptuar una sola. Dinos que no son encaminadas al escándalo, sino á la corrección, sus acerbos reprensiones sobre la vida irreligiosa y malas costumbres del clero de aquellos tiempos, cuando sobre el mismo asunto escribieron personas tan santas como un san Pedro Damiano, un san Bernardo, una santa Catalina de Sena, cuyos escritos, por ninguna potestad condenados, no se escribirían por cierto ni para escándalo de los fieles, ni para ofensa de la Iglesia, ni para baldón de sus ministros.

Pero ya me voy alargando más de lo que á mi propósito conviene y metiendo mi hoz en parva ajena, puesto que ha de ser en la tuya donde se cosechen los ópimos frutos del comento de Dante, si apruebas el proyecto de la publicación de mi trabajo. Resuelve, pues, mis dudas. Si consideras dañoso el darle hoy á la estampa, devuélveme mi manuscrito para archivarlo. Si crees útil que vea la luz pública, pon á continuación de esta carta el Prólogo que te dicte la conciencia, y vaya todo al impresor; que la buena intención será nuestra defensa, y hará más llevaderas las justas censuras en que incurra el atrevidísimo traductor, el perdón benévolo que sus compatriotas concedan al católico sincero.—VALE.

Madrid, 20 de febrero de 1865.

DANTE

DIVINA COMEDIA

EL INFIERNO

TRADUCCIÓN DEL SEÑOR GENERAL PEZUELA,  
CONDE DE CHESTE

I

INTRODUCCIÓN

Nadie habrá que desconozca que una traducción en verso de la DIVINA COMEDIA es un caudal que hacía falta para completar el patrimonio, por otra parte rico, de la poesía española. Pero granjearlo es obra tan meritoria como difícil, y en el tiempo presente más arriesgada. En nuestra época, á la verdad, renovándose en cierto modo, en cuanto pertenece á Italia, los antiguos bandos güelfo y gibelino, partidario el uno de la Sede Pontificia, el otro adepto á la unidad de la monarquía italiana, quieren ambos contar entre los suyos al Cantor florentino, viniéndose á realizar así la profecía de su maestro Brunetto Latini (INFIERNO, *canto xv, verso lxx*):

*La tua fortuna tanto onor ti serba,  
che l' una parte e l' altra avranno fame  
di te...*

Tanto es así, que hay quien le presenta como consumado teólogo y poco menos que como un doctor de la



Iglesia; hay, por lo contrario, quien de sus versos saca textos para combatir el poder temporal de la misma, y quien, como Roseti, le hace heresiarca.

No hay que extrañar esto; porque ya el propio DANTE, en su CONVITTO (*edición de Florencia, pág. 102*), había explicado que todo escrito puede entenderse en cuatro sentidos: *el literal, el alegórico, el moral y el anagógico*; y tan por completo le ha alcanzado esta ley propia al autor de la DIVINA COMEDIA, que, sin ir más lejos que su segundo verso—*la selva obscura*—de que en él habló, es de diverso modo entendida por cada comentador. Manetti, por ejemplo, la localiza completamente entre el monte Miseno y Cumas, cerca de Puszuolo, y á la parte de la marina: y de ella da tales señas, que se pudiera pedir á la justicia ordinaria su apeo y deslinde. Por el contrario: el erudito Bianchi dice terminantemente que en *la selva obscura* se pinta el desorden moral y político de Italia, y más especialmente el de Florencia. Ni falta tampoco quien crea, como el mismo comentador refiere, que esta *selva* es aquella obscuridad de la razón, aquella estolidez de opiniones, aquella espesura de errores, selva del alma que se labra en quien no guarda la virtud y la sabiduría, y que DANTE mismo padeció algunos años de su juventud. Pues ahora bien: como con esta palabra aislada, sucede con todos los demás personajes y accidentes del poema, y con el poema entero.

¿Es, por ventura, fruto de la imaginación volcánica del Poeta? ¿Es la expresión teológica, hecha en verso, de la correspondencia entre los pecados y las penas eternas, las faltas y su purgación necesaria, las virtudes y su inefable recompensa? ¿Es un libro de moral enderezado á morigerar una sociedad corrompida, con la amenaza de los infernales suplicios ó de los perdurables premios? ¿Es, como DANTE mismo dice en un momento de despecho, la exposición de los derechos de la monarquía hecha á través de las regiones infernales?

*Jura monarchiæ, superos Phlegetonta, lacusque lustrando, cecini, voluerunt fata quousque?*

¿Son, según afirma su hijo Jacobo di Dante, el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso otras tantas figuras del hombre sepultado en el vicio, ó trabajando en su purificación, ó elevado á la celeste posesión de la virtud? ¿Con qué criterio se ha trazado y ha de juzgarse la DIVINA COMEDIA; con el poético, con el teológico, con el político? ¿Es fruto de la inventiva, del dogma ó de la moral?

En nuestro entender, de nada en absoluto, y de los tres orígenes participa. Porque es fruto de la imaginación, pone en juego todos los antiguos resortes de la teogonía pagana, como ya veremos. Porque es obra de un consumado teólogo, distingue admirablemente la pena de daño y la de sentido; libra de ésta á los que fueron sólo contaminados del pecado original y vivieron justamente, según la ley natural, como ya más latamente haremos ver. Porque es, es fin, obra moral ante todo y sobre todo, no exime á sus propios amigos el autor del castigo merecido por sus culpas. Lo que en efecto no hemos visto en la DIVINA COMEDIA, ni verá nadie que de buena fe la lea, es que sea una máquina política exclusivamente destinada á satisfacer las aspiraciones ó las venganzas de un partido; menos todavía la obra de un fanático güelfo ó de un gibelino furibundo, que condena al Infierno á todos sus partidarios y reparte la bienaventuranza entre solos sus amigos, si bien se trasluce con frecuencia la parcialidad del autor y la acedia de su lacrado espíritu.

Los que quieren hacer de la DIVINA COMEDIA una mera alegoría política, en vez de levantarla hasta tocar con la ILÍADA, la acercan al nivel de GLI ANIMALI PARLANTI. No; en la obra de DANTE campea la fe como necesaria, la moral como inflexible, la razón como guía; y su autor, como hombre de creencias, de corazón y de juicio, será siempre estimado, al par que por los poetas, por los teólogos, por los políticos y por los filósofos. Tuvo, en verdad, no pocos errores, que llevaba consigo el tiempo en que vivía, la sociedad que le rodeaba, el país



en que habitó, el estado de los conocimientos en el siglo XIII, y sobre todo su situación infelicitísima y su carácter agrio. Analizar estos datos previamente, y recordar al paso la vida de aquel hombre insigne, parece cosa de todo punto necesaria para entender bien la DIVINA COMEDIA, y la ardua traducción que de toda ella ha hecho el señor Pezuela; porque las palabras, las frases se traducen, los sucesos históricos y los sistemas quedan siempre intactos, y es necesario saberlos para entender lo que á ellos se refiere, ora se diga en italiano, ora en español.

## II

## ITALIA EN EL SIGLO DE DANTE

Al dar una somera ojeada á la Italia del siglo XIII, como aquel que quiere hacerse cargo del teatro en que tan gran papel ha de representar DANTE ALIGHIERI, y en que tanta influencia y aplauso ha de obtener su DIVINA COMEDIA, no es nuestro ánimo retroceder hasta la caída del Imperio romano y hasta el establecimiento de la Iglesia. Dejamos esa difícil tarea á Lamennais, último comentador del Poeta florentino, y no alcanza nuestra modestia á decir que le envidiamos el desempeño.

El escritor francés, en su introducción á la DIVINA COMEDIA, menos se propuso analizar esta obra maestra que probar (*cap. v*) que *la libertad y el catolicismo son dos palabras que se excluyen radicalmente una á otra*, declarándose él por la primera. Reservado estaba al infelicitísimo sacerdote francés negar á la Iglesia católica el timbre mismo que le concedieron ampliamente el protestante Gibbon y el filósofo Voltaire; esto es, el de haber contribuido, más que otra institución alguna, á la emancipación del individuo y de la sociedad.

Por lo que á nosotros toca, nos basta repetir con César Cantú, á quien tomamos principalmente por guía

(*lib. XII, cap. v*), «que el Hijo del Hombre había constituido su Iglesia de manera que, en todos los climas de la tierra, los fieles permaneciesen unidos en la fe, é independientes en ella y por ella de las autoridades temporales. Que éstas á su vez procuraban destruir semejante barrera contra el despotismo; y de aquí las contiendas entre el Altar y el Trono, y, á la vez, los esfuerzos de ciertas sectas para borrar los dogmas inherentes á la unidad del sacerdocio, constituyendo sociedades religiosas especiales; esto es, herejías.»

En efecto: cuando el Imperio romano concentraba y extremaba el principio de autoridad, á punto de convertir á sus tiranos en pontífices y hasta en dioses; cuando destruía y reducía á polvo toda moral, á punto de hacer vil pasatiempo y manjar de bestias la raza humana, encenagándose en vicios que la naturaleza repugna, y que los irracionales mismos pudieran condenar; el Cristianismo es el que, con la sangre de sus mártires, lava la humanidad, restablece la moral, ennoblece al hombre, revela en el cielo y funda en la tierra aquella soberanía espiritual y única, consoladora y benéfica, que apareció triunfante en el Lábaro de Constantino.

Cuando después este mismo Imperio divide su silla entre Oriente y Occidente, y, agitado en una y otra parte de indignas pasiones, es juguete de heresiarcas, de sofistas y de cortesanas, la Iglesia es la que conserva el depósito del saber antiguo, el secreto de la autoridad legítima y el criterio de la moral verdadera.

Hízose noche sobre la tierra. Los bárbaros del Norte vinieron, no á heredar, sino á castigar á los antiguos dominadores. La Iglesia fué entonces también quien, atrayendo á sus dogmas á aquellos pueblos septentrionales, les enseñó á amar, enseñándoles á creer; mientras que, por otra parte, infundía el espíritu de dignidad y de independencia en los pueblos antes corrompidos, y luego conquistados, del Mediodía.

De estos dos impulsos coexistentes, la fuerza material, que viene con los barones del Norte para echar raíces en



cada territorio, y la fuerza moral, que viene con los apóstoles del Oriente para pasar como un soplo fecundo sobre toda la haz de la tierra, nacen, por decirlo así, dos grandes ideas dominantes en aquella edad: la una, que todo poder, derecho ó privilegio emana del suelo: la otra, que la Providencia vela continuamente sobre el progreso de la humanidad, sea por medio de los reyes, sea por medio de los sacerdotes, á quienes delega su poder. Sobre la primera de estas ideas se funda la feudalidad; de la otra nace aquella fe vehemente: resortes principales una y otra de la historia de la Edad media. De aquí también dos sistemas cardinales: uno emanado del feudalismo y del rey, el otro de la Iglesia y de Dios: aquél sistema de autoridad, éste sistema de libertad.

Al mismo tiempo que ellos, si no por su causa, vemos desarrollarse en la Edad media otros dos poderosos principios: la Monarquía y la Municipalidad. Era, en verdad, necesario que con el poder, que nacía de la tierra, aconteciese como con los manantiales de las aguas, los cuales, á despecho del codicioso dueño del terruño, van á formar los arroyos y á engruesar los ríos, y á perderse al cabo en el mar. Así la autoridad de los barones había de engruesar la de los señores y aglomerarse en la de los reyes y perderse al cabo en el piélago del Imperio.

Otra ley igualmente necesaria había de impeler á las grandes masas de ciudadanos á coligarse en común defensa para ponerse á cubierto de las coaliciones feudales, ó de las ambiciones monárquicas, volviendo al mismo tiempo la vista hacia el único poder que de unas y otras vivía exento, y que á todas era por origen y por inteligencia superior: el Pontificado. De aquí el nacimiento de las repúblicas. Italia caminaba al frente de la Europa, ya por la herencia de los tiempos antiguos, ya por la ilustración actual, ya por la Cátedra de la doctrina evangélica. No es mucho que en ella colocase la Providencia el Pontificado; que á ella volviese sus miras ambiciosas el Imperio germánico; que en ella más que en parte alguna se extremasen los tiranos feudales; que

en ella también naciesen lozana y espontáneamente las repúblicas de toda especie, aristocráticas como Venecia, comerciales como Génova y Pisa, democráticas como Florencia, Luca y otras.

No es de extrañar tampoco que en este privilegiado país, por triste prerrogativa á la sazón, se aclimasen los bandos que habían nacido en Alemania, y que de allí habían tomado el nombre de güelfos y gibelinos. Amaban los primeros, según dice Villani, la Iglesia y el Papa; los gibelinos deseaban el Imperio, y favorecían al emperador y sus partidarios. En los primeros dominaba el deseo de vengarse de la casa de Suavia (que, prevaleciendo de su reino hereditario de Sicilia, había presu- mido avasallar á toda Italia: lo mismo al Pontificado que á las repúblicas), y favorecían, por tanto, las franquicias municipales, y querían emanciparlas del yugo extranjero. Los gibelinos creían que esta aspiración de las ciudades á conservar su libertad, sin dependencia de un poder superior, no podía traer consigo sino discordias, cuyo resultado sería, por último, consumir las fuerzas de los italianos, empleándolas contra ellos mismos. Los unos, los güelfos, aspiraban, pues, á la independencia de Italia, y sostenían su facultad de organizar según su talante sus diversos gobiernos. Los otros, los gibelinos, aspiraban á la unidad como único medio de pacificar á Italia, y de hacerla respetada en el exterior, aun á riesgo de amenguar en el interior su borrascosa libertad. Eran, pues, dos partidos igualmente animados de ideas nobles. Cada uno de ellos parece que contaba, por su parte, con el derecho; y aun hoy sería difícil decir quién tenía razón y justicia absolutas. Porque si consideramos todos los males que los emperadores causaron á Italia, la execración que aun hoy está unida á la memoria de Federico Barbarroja, y la impudente desmoralización de Federico II, su descendiente: si consideramos que las más poderosas ciudades, como Milán y Florencia, fueron constantemente ciudadelas del partido güelfo, y que esta Florencia, patria del DANTE, fué el último asilo



de la libertad italiana, mientras que todos cuantos querían erigirse en tiranos de una comarca enarbolaban el estandarte gibelino, estaremos tentados de creer que el triunfo de los güelfos hubiese sido preferible, y que las ciudades hubiesen podido organizarse en Repúblicas bajo la protección del Pontífice, el cual las dirigía con sus consejos, al mismo tiempo que reprimía al extranjero con las armas espirituales (CANTÚ, *lib. XII, cap. 1*).

Hoy mismo hay quien quiere la independencia de Italia de una manera güelfa: es á saber, con varios estados libremente constituidos é independientemente coligados, y el Papa á la cabeza. Hay quien desea para la península un sistema cuasi gibelino: es á saber, la constitución de un solo Estado monárquico peninsular, con el Papa agregado ó independiente. Y decimos cuasi gibelino, porque los que así se llamaban en el siglo XIII no aspiraban á la Monarquía italiana, sino al Imperio universal. *Subdivo Augusto Monarcha* (dice DANTE en su libro *DE MONARCHIA, lib. 1*), *existente Monarchia perfecta, mundum undique fuisse quietum satis constat*. Los que análogamente piensan en el siglo XIX no quieren un Pontificado independiente, sino un Pontificado asalariado por el monarca de Italia, ó *in partibus*, establecido en Jerusalén.

DANTE era una excepción: forzado por las vicisitudes de su vida por una parte, y por la claridad de su razón por otra, vino á desear un solo imperio en el mundo, pero con la Sede en Roma: un solo Pontificado en la cristiandad, pero con la Cátedra de Pedro.

*Soleva Roma, ch'el buon mondo feo,  
duo soli aver che l'una e l'altra strada  
facean vedere e del mondo e di Deo.*

(PURG., Cant. XVI.)

Al llegar aquí, parece como que nos salen al paso las dudas ó preguntas, no tanto nacidas del examen de la Edad media, cuanto de la vacilación que han dejado en el ánimo de todo el mundo las revoluciones políticas y

religiosas de los últimos siglos. Estas se han dirigido en común odio contra todo principio de autoridad, así contra el político como contra el dogmático; y no es extraño que, al volver la vista al siglo XIII, se nos pregunte de buena fe si los gibelinos, que hacían la guerra encarnadamente á uno y otro Pontífice, se hallaban acaso contaminados con las herejías que pululaban en aquella edad.

No, en verdad, responderemos. Nosotros vemos, por el contrario, al mismo Federico Barbarroja, el más obstinado enemigo de los Papas, someterse al cabo á su autoridad, y hasta servir de estribo á Alejandro III, que, al poner el pie sobre la coronada cabeza, decía: *Super aspidem et basiliscum ambulabo*. Como aquel emperador, sus herederos y sus partidarios, si á veces en provecho propio utilizaban los cismas y las herejías, no se apartaban nunca de una manera definitiva del gremio de la Iglesia, y al cabo volvían á ella trayéndola cuantiosos dones y demandando humildemente la absolución. ¿Qué prueba más concluyente de la unidad de creencias y del influjo del sacerdocio con todos los bandos, que el ver cien veces á éstos, cuando parecían dispuestos á venir á las manos, deponer sus armas y abrazarse fraternalmente por la piadosa palabra de un religioso? Así, san Francisco de Asís y san Antonio de Padua, concluyen gran número de paces; á su ejemplo, el cardenal de Ostia reconcilia á Génova y Pisa; el de Preneste apacigua en Verona á los Montecos y Capuletos; san Bernardino de Sena pacifica la Lombardía, etc., etc.

Se nos interrogará asimismo: supuesto que, según Lamennais, son incompatibles el catolicismo y la libertad, ¿deberemos lógicamente deducir que los güelfos, partidarios acérrimos del Pontificado, serían, á la par, adversarios de todo gobierno popular, de toda institución no monárquica? Las cosas pasaron tan al contrario, que precisamente la mayor parte de las repúblicas italianas fueron güelfas, y que, aun en aquel calamitosísimo período en que muchas comarcas de la península gimieron bajo el yugo de tiranos locales, pertenecieron al partido



güelfo cabalmente aquellos que, como los Torri de Milán, dieron más alas á importancia al partido popular, que ahora llamaríamos *Democracia*.

Y si la ortodoxia y la herejía andaban distinto camino que los güelfos y gibelinos, tampoco éstos se mantuvieron de tal manera localizados que pueda distinguirse en un mapa con diferente color el territorio de las dos facciones. Por el contrario, introdujéronse éstas á porfía en todas partes: como de ordinario acontece cada cual se afiliaba por espíritu de venganza en el bando opuesto que patrocinaba su adversario. Un desaire de familia ó un empleo municipal no conseguido, un saludo no devuelto, eran ocasión bastante á que esta peste de divisiones se introdujera, viniendo á dividirse cada pueblo de Italia en dos facciones que á porfía se combatían y destrozaban la patria común. En Milán, los Torriani y Visconti; en Florencia, los Negros y Blancos; en Pisa, los Orsolini y Raspanti; en Roma, los Orsini y Savelli; en Verona, los Montescos y Capuletos, hijuelas todas de los güelfos y gibelinos, ensangrentaron largo tiempo las calles de las respectivas ciudades.

A cuál de estos bandos perteneció DANTE, lo veremos por su vida; á cuál perteneció su patria, lo diremos más adelante; á cuál perteneció su poema, desde luego aseguramos que no podemos decirlo, si bien al gibelino se inclina. Adelantaremos aquí que DANTE ALIGHIERI, ciudadano de Florencia, fué güelfo por nacimiento, gibelino por despecho ó por gratitud; que Florencia, república independiente, fué güelfa también fundamentalmente, bien, como hemos dicho de todas las ciudades de Italia, hubo al cabo de padecer la plaga de ambos partidos, de ser dominada alternativamente por uno y otro. Su poema, en fin, obra de la fe y de la razón, no es la apoteosis ni la condenación de ninguna de las dos parcialidades. Como veremos, á nadie coloca DANTE en el INFIERNO ó en el PARAÍSO, por razón de güelfo ó de gibelino, sino por pecador ó por justo; si bien de los Papas anda ofendido y con los emperadores lisonjero.

Para reasumir este punto, vemos en Italia, durante la décimatercia centuria, combatirse más encarnizadamente que nunca el Pontificado y el Imperio; los papas amparando y protegiendo el nacimiento de Repúblicas independientes, los emperadores apoyándose en las tiranías locales; los partidos güelfo y gibelino, quizá guiados por buen deseo, amparando las protecciones de uno y otro poder, pero dividiendo primero el territorio de toda la península y ensangrentando al cabo las calles de cada ciudad. El Papa, á su vez, llamando para componer estas diferencias á príncipes extranjeros, como Carlos de Anjou. El emperador, en desquite, dando la mano, no ya sólo á las herejías, sino al Islamismo por sus inclinaciones y sus costumbres, como Federico de Suavia.

Este es el teatro en que iba á aparecer DANTE, pero considerado sólo de una manera política ó material, y de un punto de vista general. Para conocerlo en sus fases moral é intelectual, y para analizarlo de una manera más concreta, aun debemos dedicar dos artículos diferentes á *la civilización italiana* y á *la república florentina*.

### III

#### CIVILIZACIÓN ITALIANA EN EL SIGLO XIII

Hemos visto el poder político ó la fuerza material tan disputada en Italia en el siglo XIII, cual no ha sido quizás nunca. Dividíanla entre sí los emperadores y los pontífices, aunque no en partes tan iguales que no depusiesen porción muy grande á las Repúblicas independientes; sin que ni aquéllos ni éstas pudiesen privar de su funesta soberanía á los tiranuelos feudales, que resistían en sus castillos y salteaban los caminos. Los bandos güelfo y gibelino aumentaban combustible á todas estas hogueras, sin dar luz predominante y clara



á ninguna de ellas. No sucedía así ciertamente en el orden moral: jamás el Pontificado ha parecido más fuerte, más universalmente acatado, más soberanamente obedecido: menos poderoso por la disputada herencia de la condesa Matilde y por los mercenarios campeones acá y allá reclutados, que por las Decretales de san Gregorio séptimo y por el auxilio de las órdenes religiosas, levantadas en aquella edad, como otros tantos ejércitos, en defensa de la Santa Sede. Si de ello se quiere un ejemplo, no hay más que volver la vista al cuarto Concilio de Letrán (1215), en que los dos emperadores de Oriente y Occidente, los reyes de Jerusalén, de Sicilia, de Francia, de Inglaterra, de Aragón, de Hungría y de Chipre asistieron personalmente ó por medio de embajadores, y en que los patriarcas de Antioquía y de Jerusalén, de Constantinopla y de Alejandría, con setenta y un arzobispos, cuatrocientos obispos, y más de ochocientos prelados, vinieron á dar á la Cátedra de Pedro, y á la silla del sabio y verdaderamente liberal Inocencio III, una fuerza y un esplendor de que no presenta ejemplo la historia. Cómo usó de ellas este insigne Pontífice y la mayor parte de sus sucesores, no hay para qué preguntarlo á la historia eclesiástica: basta consultar los anales de todas las monarquías para encontrar pruebas de ello. Ahora se declara el protector de príncipes huérfanos, como Federico de Suavia, á quien conservó la corona, como á Ladislao de Hungría y Jaime I de Aragón. Ahora se constituye en patrono de la libertad de los pueblos; ahora en árbitro de los reyes. La Magna Carta de Juan-sin-Tierra debe Inglaterra al influjo del Pontífice; Dinamarca y Hungría sujetan á su arbitrio la sucesión de sus tronos. En Francia, Felipe Augusto tiene que llamar á su legítima esposa, y en España, Alfonso IX de León tiene que apartar del suyo á su parienta, por precepto del Pontífice; autoridad consoladora y razonable (aunque más de divina) para unir á todos en caridad, proteger los derechos, determinar los deberes, hacer respetar

legitimidad de vasallos y príncipes, igualándolos á todos ante Dios, en cuanto concierne á la verdad y á la justicia. A su impulso toda civilización se desarrolla, las artes prosperan; la literatura, por él mismo cultivada, adelanta. Dos Cruzadas se llevan á cabo con buen éxito en sus días. Una, contra los albigenses en Francia; otra, no en verdad contra los musulmanes de Jerusalén, como se había proyectado, sino contra los caducos emperadores de Oriente; la cual, al fin, con la toma de Constantinopla, remata el afeminado Imperio de los griegos. Con esta última expedición vino á Europa desde la antigua Bizancio buena parte de los tesoros artísticos y literarios de aquellas privilegiadas comarcas. Con la guerra de los albigenses, por el contrario, se ofreció por uno y otro partido un ejemplo de inmoralidad y de saña que ruborizan aún al cabo de seis siglos.

Esta benéfica autoridad moral que á principios del siglo XIII ejercía Inocencio III, si bien no con la misma fuerza ni con la misma justicia, se conservó por sus sucesores y puede llamarse la predominante y única en Italia. Bien es verdad que aquel mismo Federico II de Suavia, cuya abandonada cuna había convertido Inocencio en uno de los más robustos troncos de su tiempo, volvió contra su bienhechor la fuerza misma que le debía, y hasta llegó, en daño del Pontificado, á proteger todas las herejías, á abrir las puertas de Italia á los sarracenos, y á adoptar él mismo los usos y costumbres del Islamismo. Pero estos no fueron sino desquites de una imaginación meridional y de un carácter violento, y no es por eso menos cierto que el mismo Federico dió el primer decreto de pena capital (*Padua*, 1240) que se conoce por causa de herejía, y temblaba estremecido á la sola excomunión de Gregorio IX.

Cierto también que los tiranos locales, protegidos como los herejes por la potestad imperial, no pocas veces fingieron burlarse de los decretos de la Iglesia, y casi siempre vivían de una manera atroz é ignominiosa. Pero estos mismos tiranos temblaban ante un religioso, sin



más armas que su palabra y su sayal, y Ecelino, prototipo de la barbarie feudal, aseguraba que tenía más la voz de Antonio de Padua que los escuadrones armados.

En cuanto á las herejías, las de los baldenses y albigenes, que habían levantado bandera en Francia, ensangrentando las más bellas provincias del Mediodía, habían en verdad penetrado tímidamente en la Lombardía. Los patavinos, herejes poco diversos de los otros, contaban sólo en Florencia casi la tercera parte de la población. En Nocera, otras sectas medio mahométicas se atrevían á hacer excursiones; pero todo ello, ni tomaba el carácter de generalidad que tenía en Francia, ni resistía con mucho á la elocuencia y á la persuasión de las órdenes medicantes nacidas en aquella sazón.

Su número puede decirse que se contaba por el de las dolencias de la humanidad, ó por el de las necesidades de cada siglo. Ya en los anteriores se había visto á Congregaciones de monjes poner á cubierto la ciencia antigua; luego, las órdenes militares acudir á la defensa de la raza y del territorio; más tarde, las hospitalarias remediar los estragos de las pestes y de las guerras. Poco después las cartujas, imprentas vivas, multiplicaban en el silencio y la soledad las copias de los manuscritos clásicos. Un siglo antes, la agricultura adelanta á impulso de los solitarios de Claraval. En España, Domingo de la Calzada hace con limosnas la vía pública que le da nombre; otros desecan pantanos y descuajan selvas; otros levantan fortalezas, y puede decirse que en la España de cierta época los monjes son legisladores, poetas, cronistas, médicos, todo. La enseñanza pública se desarrolla en Francia por el celo de los monjes de San Víctor. Roberto D'Abrisel se dedica poco después á robar á la prostitución sus víctimas. Juan de Mata, Félix de Valois y Pedro Nolasco redimen de las cadenas los cautivos, á trueque de sus propias personas. Guy de Montpellier multiplica las enfermerías con su orden del Sancto Spiritus, y Juan de Meda atiende en Milán á la propagación de la industria de la sedería y de los paños con su Con-

gregación de los Humillados. El estudio, la contemplación y la penitencia son el objeto primordial de los Premostratenses, Agustinos y Carmelitas, y los afiliados á todas ellas crecen tanto, que Inocencio III resuelve no permitir más fundaciones, ajeno de creer que en su Pontificado habían de nacer dos más que eclipsaran á todas.

El mismo ilustrado y doctísimo Pontífice tuvo poco después un sueño, en el cual vió como si la iglesia de San Juan de Letrán amenazase ruina, y que dos personajes extrañamente vestidos la sostenían. La fisonomía de ambos se le apareció tan clara, que hubiera podido conocerlos ó retratarlos. Gran sorpresa sería la suya cuando á poco se le presentó uno de ellos. Un saco con capucha, ceñido á la cintura por un cordel, era toda su gala. La viveza de su mirada mostraba bien el genio poético que le inspiraba á menudo, y lo macilento y demacrado de su semblante, la ruda penitencia con que afligía su cuerpo. Informóse el Pontífice de que era aquel hombre, ya por él antes extrañamente conocido, hijo de un rico comerciante de Asís. Habíanle puesto por nombre Juan Bernardone; si bien la facilidad con que aprendió el francés, oyéndolo y hablándolo con los de esta nación que frecuentaban la casa de su padre, había ocasionado que le diesen el mote, célebre después, como nombre propio en la historia de la humanidad, de *Francisco* (el Francés).

Alegre, vivo, emprendedor en los primeros años, buen poeta siempre, mudó de vida al cumplir los veinticinco años, repartiendo cuanto tenía entre los pobres. Asombrado su buen padre, túvolo por loco, y casi atraído á su opinión al obispo, quien le llamó para reprenderle. La humildad de Francisco en aquella conferencia fué sólo comparable con su energía; arrojó por la ventana sus propios vestidos, y el prelado mismo se vió obligado á cubrirle con su capa. Entonces principió aquella magnífica predicación que le atrajo millares de discípulos: cosa pasmosa á la verdad, atreverse á predicar la pobreza y la penitencia á un mundo ebrio de riquezas y de pla-



ceres, el amor y la piedad en una época de odios, de guerras y de supersticiones. Pero es que cuando á estos extremos llega la humanidad, los caracteres que se apartan de lo común, ó tienen que ponerse al servicio de su cuerpo y llamarse Ecelinos y Luis XV, ó tienen que hacerse instrumentos de la purificación de su alma y llamarse Franciscos y Vicentes de Paúl. Y volviendo ahora á la visita del Serafín de Asís al pontífice Inocencio, diremos que obtuvo cuanto deseaba; es decir, la facultad de ser mendigos y despreciados él y sus hijos.

Honorio III, sucesor del gran Inocencio, confirmó la aprobación de la orden, y cuando Francisco vino á Roma con este motivo, le colmó de paternal afecto. Al salir de aquella memorable entrevista, subía las escaleras del palacio pontifical otro hombre, también de extraño vestido, cuya fisonomía revelaba no sé qué de la hidalguía castellana, y cuya mirada, menos inspirada que la del poeta de Asís y más pensativa, dejaba descubrir al filósofo y al orador. Los dos se miraron recíprocamente; no se preguntaron ni su linaje, ni su patria, ni su intento; corrieron el uno al otro como movidos de impulso superior; saludáronse por sus nombres; abrazáronse como dos hermanos gemelos, y este ósculo de paz que el cielo bendijo, se renueva aún hoy en todos los climas del mundo en que los hijos de Francisco de Asís y de Domingo de Guzmán dan su sangre y su palabra por el amor de Jesucristo.

No era aquella la primera vez que el hidalgo de Caleruega, Domingo de Guzmán, veía la capital del orbe católico. Ya antes, siendo canónigo de Osma, y en compañía de su prelado Pedro de Acebedo, había visitado el sepulcro de los santos Apóstoles. Al volver de semejante viaje encontró en Montpellier á los legados del Papa enviados contra los albigenses. La aflicción de los dos españoles fué grande al ver á aquéllos como sitiados por su numeroso y espléndido acompañamiento, custodiados por un formidable ejército, y asediados todos por un pueblo entero de herejes, al cual ni con-

quistaban ni convencían. Los españoles se presentaron á los prelados, y con una elocuencia que Dios solo inspira, les persuadieron que en semejante guerra no se podía triunfar ni con la fuerza ni con el tacto, sino que era necesario emplear la palabra y el ejemplo; y diciendo y haciendo, se desposeyeron de cuanto llevaban y comenzaron á predicar á pie y pobremente por aquellas comarcas.

Este fué el principio de la célebre orden de Hermanos predicadores, debida, no á la intolerancia sino al celo y á la virtud de un hidalgo castellano, cuyo elogio pone DANTE (*Cant. xxii del PARAÍSO*) en boca de san Buenaventura, no sólo el más ilustre de los discípulos de san Francisco, sino uno de los grandes pensadores del siglo.

Perdónesenos el recordar que á esta orden también y á nuestra patria perteneció, en el tiempo del DANTE, el quinto maestro general san Raimundo de Peñafort, por cuyo precepto escribió santo Tomás, el mayor filósofo de la era de gracia; y el cual san Raimundo es contado entre los primeros jurisconsultos de su época: que en una no muy lejana honró el mismo hábito el español Vicente Ferrer, cuya pasmosa elocuencia daba coronas, arrastraba pueblos de distintas lenguas y aplacaba los cismas de la Iglesia.

Nacieron, pues, en el siglo XIII las dos órdenes de Predicadores y de Menores, que quizá la Providencia tenía preparadas, la una para contrarrestar la soberbia, la ambición y la obscenidad de los tiranos y la abyección humilde de las masas; la otra para llamar á mejor camino al clero secular, contaminado á la sazón de orgullo y de codicia; ambas para poner á raya la herejía que por todas partes pululaba, y librar á la raza humana de un embrutecimiento peor que la barbarie.

Contar el progreso de estas dos Instituciones fuera largo y á la vez ajeno de nuestro propósito: aun si les damos más importancia es porque la tuvieron sin duda prepotente en las vicisitudes políticas y sociales de Ita-



lia, y hasta en el carácter filosófico y literario del poeta á quien dedicamos estos artículos.

Debemos, sin embargo, decir que se propagaron, no sólo entre los hombres de ciencia y de corazón, sino entre las mujeres mismas, y que quizás en sus débiles manos se mostraron más poderosas. Así vemos á una dama, Clara de Asís, franciscana, rechazar á los paganos de Nocera de las puertas de aquella ciudad, y librarlas del saqueo y de la profanación de semejantes desalmados, sin llevar en la mano más armas que la pobre custodia de su convento. Rosa de Viterbo, franciscana también, apenas de diez años de edad, es tan fuerte, que mereció las persecuciones de Federico de Suavia y las admiraciones de su pueblo natal; y, andando el tiempo, Catalina de Sena, dominica, lleva con su sola palabra la corte pontificia desde Aviñón á Roma.

Más profundas todavía bajaron las raíces de estas dos Instituciones con la fundación de las que se llamaron Terceras Órdenes; es decir, con su propagación entre las personas seglares.

Dice un biógrafo que DANTE perteneció á la de san Francisco. Lamennais combate esta noticia casi con igual irritación que nuestro Quintana emplea en sincerar á Cervantes de haber pertenecido á la misma orden. ¡Perdónennos los biógrafos que les digamos que no hay cosa más preocupada que la despreocupación! No sabemos, ni nos importa, si DANTE se ciñó ó no con el cordón de los Hermanos menores; lo que puede probarse, con la lectura meditada de su DIVINA COMEDIA, es que su filosofía pertenece á la escuela de santo Tomás, discípulo amadísimo de santo Domingo, y que su estilo y su lenguaje no distan mucho de los del mismo san Francisco y de los de fray Pacífico, compañero de éste y poeta laureado por el emperador Federico. En efecto, nadie disputará á santo Tomás el título del más sabio y profundo filósofo de la edad moderna. Toda ciencia adquirió nueva fuerza con el impulso de su pluma; y la teología, la moral, la filosofía de DANTE, si no son tomísticas, no sé qué cosa sean.

San Francisco y sus discípulos á su vez, tomando muy otro camino, dieron de mano al latín, usado hasta entonces, para escribir en lengua vulgar, é introdujeron en la poesía ese estilo llano, dictado por el corazón, sostenido por la rima, que el cantor de Francisca de Rimini y del conde Ugolino perfeccionó sin duda.

Los sermones y crónicas de la escuela de fray Pacífico abundan en esos detalles, á veces nimios, pero siempre interesantes, que vemos en la narración de DANTE y que más que *Homéricos* nos parecen *Franciscanos*.

Estos poetas, para huir del estilo afectado que enervaba y detenía la italiana, gustaban hasta de palabras, imágenes y gestos triviales. Cuéntase del santo fundador que se relamía los labios cada vez que pronunciaba el nombre de Jesús; y dicen que imitaba el balido de la oveja cuando hablaba de Bethleem. Así él y su discípulo Antonio de Padua se hacían simpáticos á la multitud que los seguía, y dura aún hoy la memoria de su cordial elocuencia.

Al examinar la fisonomía de Italia en el siglo XIII, hemos dado el primero y principal lugar á sus creencias religiosas, no sólo porque las consideramos hijas del más noble sentimiento del individuo y de la sociedad, sino porque en todos tiempos, y en aquél más principalmente, la fuerza de ésta y su esencia se refleja y domina en las demás manifestaciones del humano progreso; en la manifestación política, es decir, en el gobierno y en las guerras; en la manifestación civil y doméstica, es decir, en las costumbres públicas y privadas; en la manifestación intelectual, es decir, en la filosofía y en la literatura.

De estas dos últimas nada decimos en particular, ya por no prolongar demasiado estos estudios, ya por no quitar novedad y fuerza á lo poco que podamos decir en los artículos siguientes.

Tiempo es ya, por el contrario, de recoger un poco la vista, de concretar nuestro razonamiento y de pintar esa Florencia á quien DANTE tanto elogia y vitupera, sin



pensar quizá que él, vivo y magistrado supremo, fué causa de su mayor desventura; y muerto y poeta soberano, había de ser título de su más alta gloria.

## IV

## FLORENCIA Y EL DANTE

Entre las ciudades que, según hemos apuntado en el artículo segundo, al través de las guerras entre el Imperio y el Pontificado, habían recabado lo que ahora se dice su autonomía, esto es, un gobierno propio é independiente, ocupa, sin duda, Florencia el primer lugar.

Capital del antiguo marquesado de Toscana, y perteneciente como tal á la condesa Matilde, había sido legada por ella al Patrimonio de san Pedro. De él, como del Imperio, supo sustraerse con habilidad y constancia, y constituir una de las repúblicas más fuertes de la Edad media. Nunca, es verdad, pudo competir con Venecia, reina del Adriático, ni con Génova y Pisa, que se disputaban el imperio del Tirreno. Inferior á ésta en un principio, aliada suya cuando las escuadras pisanas atacaban las Baleares, tenía que reconocer la superioridad hasta de Fiesole por lo ventajoso de su posición. Pero en breve las cosas cambiaron, y esta antigua ciudad etrusca tuvo que fundirse en la moderna República, que se desarrollaba bella y lozana, como la flor que le da nombre en las orillas del Arno. Su gobierno era completamente democrático. El pueblo estaba dividido en doce gremios ó artes, comenzando por los Jurisconsultos y acabando por los Herreros, á saber: siete mayores, que eran Jurisconsultos y Notarios, Mercaderes de paños del barrio de Calimala, Cambistas, Fabricantes de tejidos de lana, Médicos, Farmacéuticos, Fabricantes de telas de seda, Peleteros; y cinco gremios menores: Taberneros, Carniceros, Zapateros, Carpinteros y Albañiles, Herreros y Herradores. Los nobles mismos, para ejercer derecho

políticos, tenían que inscribirse en una de estas corporaciones. Cada una de las mayores contaba un jefe y algunos prohombres (*capitadini*), los cuales, con igual número de adjuntos (*arroti*), nombraban los depositarios del poder ejecutivo. Eran éstos cuatro en un principio, seis después, que se llamaban *priores*, los cuales, semejantes á los cónsules romanos, reunían temporalmente la *signoria*, como antes se llamaba, y formaban con los arriba dichos el cuerpo electoral para designar sus sucesores. Florencia, así constituida, crecía en prosperidad, si no con el brillo de las repúblicas marítimas que hemos nombrado, con riqueza más sólida por la fecundidad de su suelo, y con una ilustración ó grandeza intelectual que no hallan compañeras sino en las repúblicas de la antigua Grecia, cuando la enemistad personal de dos familias, los Buon-del-Monti y Amadei, vino á desarrollar en el seno de la república el germen fatal de las facciones güelfa y gibelina.

Por desgracia, á la vez que las banderías políticas, se introdujeron las discordias religiosas. Felipe de Palermo, obispo Patavino, y otros sucesores suyos, consiguieron sembrar la cizaña de esta herejía con tan buen éxito, que casi la cuarta parte de Florencia, como hemos dicho, adoleció de esta lepra. Contábase en ella gente muy principal, todos del partido gibelino y adictos al emperador, con quien tenían secretas inteligencias. Las órdenes religiosas de que hemos hablado, viendo el peligro, habían acudido á remediarlo. Pedro de Verona, que poco después ganaba la palma del martirio en Lombardía y recibía culto en los altares, perseguía con su palabra á los herejes; tanto, que apenas podía contener la inmensidad de su auditorio la vasta plaza de Santa María Novella. Instituyó una congregación que cantase perpetuamente alabanzas de la Eucaristía y de la Virgen en desagravio de los ultrajes de los Patavinos, y organizó una compañía, que ha durado hasta poco ha, bajo el nombre de Capitanes de Santa María.

En el reinado de Federico II de Suavia, la familia gi-